

Memoria e imagen de Iowa^(*)

Cuando dejé Iowa City, allá a fines de 1975, el invierno se había abatido con toda su fuerza y la nieve caía en cantidad. Y, sin embargo, no es ésa, a pesar de ser la más inmediata, la imagen que prevalece en mi memoria, sino la del paisaje urbano que encontré a mi llegada, inmerso en el esplendor de un septiembre estival que parecía sin término. Calles en las que la luz confería una nitidez metálica a los contornos de las cosas, y en las que los árboles eran como antorchas de luz y de pájaros. Todo ello bajo un cielo inmenso, surcado de rato en rato por los aviones que volaban muy arriba, dejando una ligera estela, entre Nueva York y San Francisco.

Cuán diferente esa múltiple y persistente visión de la idea que me había forjado aquí en Lima antes de viajar, lastrada por el prejuicio de que en ese lugar, en el corazón del medio oeste norteamericano, encontraría una ciudad de provincia que dejaría ver por doquier el horizonte. Pero no fue así la que conocí y donde permanecí cuatro meses. Antes bien, era a su modo cosmopolita, y había que salir fuera de ella para encontrarse con la planicie.

^(*) Esta estampa apareció en *Torre de papel*, publicación periódica correspondiente al otoño del año 2002 y primavera del 2001, de la Universidad de Iowa y específicamente del *International Writing Program* de la misma. Han participado en ese programa de escritores, entre muchos de España, Portugal y Latinoamérica, y en diferentes años, varios autores peruanos: los poetas Carlos Germán Belli y Pedro Cateriano, el novelista José Antonio Bravo, los escritores José Hidalgo y José Rada, y el autor de este artículo.

¿Y el polvo? No, no lo había, con gran asombro de mi parte, y más bien el aire era límpido y de una suntuosidad de colores que sólo se vería sobrepasada por la que admiré, en una excursión de otoño a las riberas del Misisipi, en los confines de Wisconsin.

En la periferia, en la ruta a Cedar Rapids, se levanta un edificio muy grande, el *Mayflower*, donde nos alojaron a todos los que participamos —narradores, poetas, críticos— en el *International Writing Program (IWP)* de ese año, bajo la conducción de Paul Engle, en la universidad del estado. Un aburrido y amplio vestíbulo, pasillos alfombrados, cómodos servicios y rostros vistos una y cien veces, pero también la intimidad de un pequeño departamento. En éste puse mi mesa frente al ventanal, y así tuve siempre ante mi vista la autopista hacia el norte, un parque, y más lejos, entre los árboles, un río de corriente tan despaciosa que parecía amazónico. Y un cielo inmenso, de veras inmenso.

La paz de ese ambiente no se vio turbada nunca por los vecinos, y sólo de cuando en cuando por unos pocos visitantes. Fue siempre, por todo ello, ámbito propicio para la creación. Lo cual no quiere decir, desde luego, que mi estancia en Iowa y la de mis colegas fuese sólo de trabajo y reflexión ante la página en blanco. Fue, además, una variada sucesión de experiencias, sorprendentes unas, desconcertantes otras, reveladoras muchas, en las que a menudo lo risueño colindaba con lo surrealista. Es verdad que ahora en que escribo estas líneas, después de tantos años, el tiempo ha desdibujado muchas notas, y que mucho se habrá desvanecido en el olvido. No obstante quedan aún en mi memoria imágenes y anécdotas, y el recuerdo de la atmósfera cambiante de esas semanas, que desearía rescatar, al menos en parte, en estas páginas.

Mi primer contacto con Paul Engle me puso ante una vitalidad recia, casi telúrica, en la que la fidelidad a sus raíces *iowanas* se concertaba con una trayectoria de viajero incansable por los más lejanos países. Esa dualidad me interesó, desde luego, pero las circunstancias no favorecieron un trato más cercano con él, como me habría gustado. Leí después parte de su obra poética, y aprecié en ella la savia poderosa del *Middle West* donde había nacido, así como un manejo muy personal de los recursos que le brindaba la

modernidad. Era cortés y asequible con todos, pero no dejaba de advertirse en él una definida predilección por la literatura y los escritores de Asia, explicable, entre otras razones, por su matrimonio con una escritora de origen chino. Me pareció también que sus enfoques de las relaciones de los Estados Unidos con los países del Tercer Mundo, especialmente de América Latina, no eran los más adecuados y, que, en todo caso, no coincidían con los míos. Y, no sé por qué, creí ver más allá de su buen humor, a menudo jocundo, algo así como una elusiva y orgullosa melancolía. Su esposa, Hualing Nieh, en cambio, fue para mí una presencia siempre enigmática. Era muy grato conversar con ella, pero muy difícil sustraerse a la impresión de estar frente a un misterio, un afable y refinado misterio.

En cuanto a mis compañeros, mi primera vinculación fue con un poeta coreano, Park Hijin, a quien llegué a estimar de veras, y que aceptaba con búdica filosofía los inconvenientes de la desadaptación y la nostalgia. Platicamos muchas veces a ese respecto, como charlábamos también sobre el otoño, la luz, la vastedad del cielo y de la tierra donde nos hallábamos. Ambos leíamos bien el inglés, pero no lo hablábamos en igual forma, por lo cual nuestros diálogos se veían entrecortados por largos silencios, y a veces se produjeron cómicos malentendidos. Debo mencionar luego, de modo especial, a un poeta francés, y más que francés bretón, Paul Keineg, con quien establecí una buena relación. Compartíamos la cocina, en razón del diseño del edificio, y más de una vez disfruté de su excelente sazón. Hablábamos de poesía, de su Bretaña natal, de mi país, de los Estados Unidos, y aprecié por cierto sus poemas, de una original intensidad. Debo citar a continuación al argentino Leonardo Iramain, quien se incorporó al grupo avanzado ya el mes de septiembre, y con quien nos hicimos amigos. Autor de notables poemas en prosa, era también gran conversador, y tocaba la guitarra y cantaba. Protagonizó algunas fulgurantes conquistas amorosas que suscitaron, como es de esperar, las más encendidas envidias. Recordaré, en fin, a Burt Blume, joven asistente de Paul Engle, y en quien convivían una producción poética de calidad con la afición a las motocicletas de gran

cilindrada, indesligable de su vocación de trotamundos. La última vez que supe de él estaba en el Japón. ¿Por dónde andará ahora?

La primera reunión de conjunto que tuvimos, en una sala del *Mayflower*, mostró cuán diversas eran nuestras procedencias y las lenguas que hablábamos, pues había escritores de países como Polonia, Costa Rica, India, Sudáfrica, Indonesia, México, Inglaterra, Japón, y, por supuesto, los Estados Unidos. Reunión en que no faltaron las sorpresas, como la que nos dio un señor de enhiesto y canoso bigote, con la cabeza afeitada, y que exhibía una impresionante correa de metales. Varonil imagen que se vio desmentida cuando, a la hora de las presentaciones, dijo con tranquila franqueza: *I am gay*. Y siempre serían motivo de asombro, para mí, la perfecta curvatura de su cráneo, sus grandes mostachos y el majestático aplomo con que asumía su condición.

Nuestra vida se organizó, como es lógico, en torno al trabajo personal, pero también alrededor de ciertos e importantes ritos. En primer lugar, las sesiones de los jueves por la tarde, con la exposición que hacía cada participante sobre su obra en el marco de su literatura nacional. También, en mi caso, la asistencia como observador a un *fiction workshop* y a un *translation workshop*, dirigido éste por Hualing, donde se cotejaban textos originales, en francés, chino o cualquier otro idioma, con sus correspondientes versiones en inglés. Mi visita, luego, una o dos veces por semana, a la Biblioteca de la universidad, para solicitar libros en préstamo. Y, en otro plano, y con la perspectiva de gratas veladas, la excursión quincenal a un *liquor store*. A todo lo cual se agregaban, como hitos extraordinarios, los recitales y conciertos en el famoso Hancher Hall, donde escuché, por ejemplo, al pianista Vladimir Horowitz, a la Orquesta Sinfónica de Estocolmo o a una *première* mundial, con efectos de rayos láser, del *Prometeo* de Scriabine. Y, además, conferencias, lecturas poéticas y encuentros con personalidades de la cultura y el arte, como Stanley Burgess o Jacques Derrida.

Al margen de todo ello, y como aspectos de la vida local que llamaron mi atención, recordaré esa mañana de octubre cuando iba yo por una calle y al dar vuelta a una esquina me di de pronto con una casa de madera que trasladaban, intacta y completa,

sobre el remolque de un gran camión, a un nuevo emplazamiento. Estaban cerradas sus puertas y ventanas, y vacías por supuesto la veranda y las habitaciones, pero en el remate del techo, imperturbable, se hallaba un gato. Sí, un gato color de fuego, que por un momento se tornó para mirar con ojos hieráticos al extranjero que lo observaba desde la acera, perplejo ante la augusta displicencia con que se fue alejando.

Y la imagen asimismo de esa muchacha, quizá persa, quizás armenia, con quien me topé una mañana en un sendero del parque, y que se obstinó en hablarme, señalando vagamente hacia el

centro de la ciudad, en una lengua para mí desconocida. Yo le contesté con un *Sorry, I don't understand you*, pero ella insistió en su amable y extraño parloteo. Se cansó, en fin, y se marchó, volviendo de rato en rato el rostro para mirarme, intrigada. Era hermosa, y de un tipo de veras exótico, y aún me parece ver sus ojos levemente rasgados, de un marrón casi dorado, con reflejos celestes, y sus manos finas, que podrían haber sido las de una danzante de Bali. ¿Me habría tomado por un compatriota?

Añadiré la impresión que me causó la torva y grandiosa negrura que adquirió el cielo, una tarde de noviembre, cuando se desató una pavorosa tormenta. Cielo aún más negro, incluso, que los de las tempestades más terribles que yo había visto en los Andes, que parecía proyectar en los interiores de casas y apartamentos una luz igualmente tenebrosa, que perduró por muchos días en mi mente, y que influyó acaso en el texto, entre relato y poema, en que trabajaba por esos días, y que tenía como protagonista a la serpiente de los mitos andinos, en soliloquio en un palacio abandonado, frente a la catedral del Cuzco.

Desearía evocar, asimismo, la impresión que me produjo ver, por primera vez en mi vida, un cementerio ubicado en mitad de un barrio, como sucede en tantas ciudades norteamericanas. Se extendía allí, sin muros ni verjas de aislamiento, en tranquila integración, se habría dicho, con las calles y *bungalows* del entorno. Mi sorpresa fue mayúscula. ¿Cómo podían dar vueltas por allí, felices, los niños en sus bicicletas y los ancianos en su paseo cotidiano? ¿Cómo podían haberse acostumbrado los vecinos a despertarse cada mañana y ver por sus ventanas ese paisaje de tumbas y cruces, y vivir como si tal cosa? Cuán preferibles me parecieron, entonces, las altas paredes de adobe con que en la sierra peruana están cercados los camposantos.

Quisiera contar ahora dos episodios que revelan el buen humor con que tratábamos de matizar la existencia, sobre todo al comenzar el invierno. En el primero mi amigo Iramaín, bromista como él solo, tuvo la ocurrencia de solicitar por teléfono a un *massage* la más costosa de sus pupilas, mas no para él, sino para un despistado colega que hacía gala de sus muchas urgencias

eróticas, pero era al mismo tiempo demasiado ahorrativo. Acudió la dama —todo un monumento, según supimos después— ante cuya presencia se quedó pasmado aquel poeta, y tanto que la hizo pasar de inmediato sin acordarse de fijar por adelantado el precio de sus favores. Se dio gusto él, pero luego casi le sobrevino un ataque al tener que pagar, sin escapatoria posible, los muchos dólares que le exigió la doña.

Se enteró de lo sucedido Burt Blume, y quiso vengar la broma, para lo cual encargó a nombre del argentino, y también por teléfono, un fastuoso ramo de flores para un expansivo homosexual que, sin ser parte de nuestro grupo, vivía también en el edificio, y que se nos había presentado. Acogió éste el homenaje, asombrado leyó el supuesto nombre del remitente y esa misma noche lo esperó en el vestíbulo, y en cuanto lo vio le estampó, a vista de medio mundo, el más elocuente y cariñoso beso de agradecimiento que Iramaín había recibido en su vida. Y no sólo eso, sino que de nada valieron sus protestas de no ser el responsable del presente, y tuvo que pagar además, bajo amenaza de la florería, los cincuenta dólares que costaba el ramo de rosas.

No puedo dejar de ponderar, por cierto, ya en otro plano, el estimulante efecto que tuvo el contacto entre escritores y críticos de tan diferentes partes del mundo. En cualquier momento se podía tener la rara experiencia de intercambiar opiniones con un poeta africano que escribía en inglés o en suajili, o con una poetisa japonesa empeñada en conciliar, de algún modo, las tradiciones de la lírica de su patria con las incitaciones y recursos de la modernidad internacional, por “posmoderna” que ésta fuera. Y conversar con un narrador griego, vital y expresivo, y hacerlo después con una autora eslava de arcano lenguaje. Descubrir en los colegas de Hispanoamérica afinidades, pero también diferencias sustanciales, todo ello en el marco de esa ciudad situada en un estado fundamentalmente agrícola, pero tan cosmopolita en su apertura frente a las realizaciones de la literatura y el arte más exóticos.

Predominaban en nuestro diálogo, como es natural, un ánimo desprejuiciado, cortesía y un sincero respeto por las concepciones más diferentes. Hubo excepciones, desde luego, como los

exabruptos de un indonesio macartista, pero no alteraron de modo importante la pacífica y enriquecedora convivencia de gentes de tan diversas culturas. Y si había una línea de separación —un *divortium aquorum*, se habría dicho— entre conservadores y progresistas, no se manifestó de modo ostensible. Era más notoria, en cambio, la que ponía a un lado a los escritores del mundo anglosajón, y a otro a los que pertenecían a otras áreas lingüísticas y culturales. Sin duda había también una cierta polaridad que congregaba a los que vivían en sociedades ricas, y otra que reunía a los que venían del Tercer Mundo. Había también —imposible negarlo— un sentimiento de proximidad entre los que éramos *colored people* y quizá también otro, simétrico, entre los de raza blanca. Mas todo ello, como dije, estaba como soterrado, y no impidió ni perjudicó el múltiple y continuado diálogo que sostuvimos.

Han transcurrido los años, y muchas cosas han sucedido desde entonces. Se derrumbó la mayor parte del socialismo real y prevalece, por un tiempo que no es posible determinar, una economía de mercado que será todo lo eficiente que se quiera, en cuanto a productividad, pero que es indesligable, como constatamos día a día, de la desigualdad y la exclusión. En el Perú se ha impuesto un orden fenicio, corrupto e inhumano. Y si bien he regresado más de una vez a los Estados Unidos y a Europa, no he vuelto a ver a ninguno de los poetas y narradores del *International Writing Program* de aquel año, salvo a Leonardo Iramaín, quien realizó una fugaz visita a Lima hace años. Pero puedo asegurar que Iowa marcó en todos nosotros, en mayor o en menor grado, una inflexión fecunda en la ruta que cada uno de nosotros había elegido. Una aceleración, a la vez que un remanso. Y, en mi caso personal, aquél fue un período, más allá de momentos de tedio y nostalgia, de gran productividad, ya sea en el trabajo propiamente literario, ya sea en la construcción de una visión cada vez más abierta de la vida y de la cultura. Período de aprendizaje, de renovación y de vivificante descenso a las fuentes interiores. Y si la felicidad está sobre todo, como creo, en la creatividad, temporada dichosa, y más aún, ahora, a la distancia de los años.